



## CAPÍTULO DOS



Llevaron a Tom a la sala de interrogatorios, donde Neil estaba sentado a la mesa con la cabeza gacha y la frente apoyada en una mano.

Desde el día en que había accedido al implante del neuroprocesador sabía que ese momento llegaría, pero aun así sintió un nudo en el estómago al darse cuenta de que su padre estaba al tanto de todo. Tom tenía una oportunidad, solo una, para convencer al DSN de que podía neutralizar a Neil como amenaza a la confidencialidad del programa.

—Hola, papá.

Su padre se levantó a medias, con actitud casi suplicante.

—Tommy, dime que todo esto es mentira. Esto... lo del neuroprocesador. No puede ser cierto.

—Es verdad —sintió frío en el estómago y la boca seca—. De no ser por la computadora que tengo en la cabeza, no podría controlar a los drones en el espacio. Tuve que hacerlo para poder ingresar a las Fuerzas Intrasolares.

—O sea que nos separamos, y tú fuiste y te hiciste eso justo después... —quedó en silencio. Meneó la cabeza una y otra vez—. Debí darme cuenta.

Había algo distinto en ti, en tu cara; pensé que habías madurado, no imaginé... –se llevó la mano a la cabeza–. La ruleta. ¡La ruleta! ¡Por eso sabías los números!

–Sí. Fue por eso –admitió.

–Y Joseph Vengerov lo sabía, ¿no es así? –su mirada se agudizó–. Estaba tratando de demostrar algo –cruzó la distancia que los separaba con pasos largos–. ¿Él tuvo algo que ver con esto? –preguntó, salpicando saliva–. ¿Tuvo algo que ver? Ese ruso canalla, de sangre fría; voy a...

–Él no tuvo nada que ver con esto. Solo diseñó la tecnología para los militares. Yo tomé la decisión de hacerme el implante. Y de ocultártelo.

–No puedo creerlo –negó con la cabeza, furioso–. Tú no dejarías que te hicieran esto. No serías tan *estúpido*.

Tom sintió un calor que le subía por dentro.

–¿Alguien te contó lo que puedo hacer ahora que tengo el neuroprocesador? ¿Que hablo treinta idiomas? Sé sobre física, sobre cálculo. ¡Gané la Cumbre del Capitolio! Puedo memorizar todo un libro de texto mientras duermo.

Neil se quedó mirándolo.

–Ya ni siquiera hablas como mi hijo.

–¡Porque no lo soy! –empezaba a desesperarse por hacer que su padre entendiera. Se apartó de él, muy agitado–. Antes no tenía ninguna ventaja. ¡Ninguna! Era feo, estúpido, un fracasado. No sabía hacer otra cosa que jugar a los videojuegos. Ahora todo es diferente. Esta computadora me hizo mucho más. Muchísimo más. Así que no, no soy el mismo de antes. Soy *mejor*. Mucho mejor, papá. Ahora puedo hacer cualquier cosa.

Neil lo miró con ojos vacíos; la intensa luz artificial destacaba todas las arrugas de su piel.

–Nunca me di cuenta de cuánto te odiabas.

–No es eso lo que estoy diciendo –rezongó Tom.

–¡Sí lo es! Tienes que odiarte para hablar así, y te digo que me parte el corazón, Tommy, porque eres un gran chico y siempre lo has sido.

—¿De verdad piensas que estaba mejor cuando iban a expulsarme del Reformatorio Rosewood? ¿Crees que estaría mejor si me hubiera pasado el resto de la vida con los videojuegos? Esto que tengo aquí —dijo, señalando sus sienes— me ha dado todo. Me abrió el mundo.

—Antes tenías opciones —rugió Neil—. ¡Y ahora no! ¿Entiendes eso? ¡Eres propiedad de ellos! Nadie en el mundo puede venderte una garantía de por vida por esa tecnología que tienes en la cabeza. ¡Tenías opciones, y las desperdiciaste todas!

—¡Esto no era una opción! Es obvio que no te das cuenta, pero no podría haber hecho otra cosa.

—¿Que no? ¡Renunciaste a tu mente, a ti mismo! —contuvo el aliento, con un brillo feroz en los ojos—. Pero yo no voy a renunciar a ti.

—¿Y eso qué significa?

Neil se acercó a la cámara de vigilancia más cercana; todo su cuerpo reflejaba decisión. Señaló directamente a la lente.

—¡De acuerdo, Frayne! ¿Quiere que me calle? Lo haré. Firmaré un contrato de confidencialidad, firmaré lo que quiera. No diré una sola palabra de cómo ustedes están mutilándoles el cerebro a esos pobres chicos, ¡pero quiero recuperar a mi hijo!

—No... —Tom se quedó con la mirada fija en la espalda delgada de Neil, al darse cuenta de lo que este intentaba hacer.

—Bien. No puedo quitarte esa computadora de la cabeza —le dijo con ferocidad—, pero sí puedo sacarte a ti de ese maldito programa.

—No puedes hacer eso —se puso de pie. El corazón le latía tan fuerte que podía oírlo—. No van a permitirte.

—¿Cómo diablos no voy a poder? Soy tu padre —gritó—. Todavía no tienes dieciocho años. Tuve que darles permiso para que te llevaran, y ahora voy a retirarlo. Si quieren impedírmelo, juro por Dios que divulgaré esto por todas partes. Armaré un escándalo que no podrán acallar.

—No puedo abandonar el programa si tengo puesto un neuroprocesador, y tampoco pueden sacármelo, porque mi cerebro depende de él. Papá, ¿no

entiendes? Si les das problemas, no van a echarme del programa... ¡van a encerrarte!

—¡Pues que lo intenten!

Entonces comprendió: Neil estaba empecinado. Toda su vida había sido una guerra contra el mundo, y ahora tenía más motivos que nunca para no abandonar las trincheras. No tenía posibilidad de ganar, pero eso nunca le había importado. Estaría orgulloso de autodestruirse antes que dejar de pelear por su hijo, aun en tremenda disparidad de condiciones.

Tom no se lo permitiría.

—Hay neurocirujanos —murmuraba Neil con tono febril—. Hay otras personas que saben sobre el cerebro. ¿Que no te lo pueden sacar? Ya lo veremos. Pero no se van a quedar contigo, no lo voy a permitir.

Tom dirigió la vista a la cámara de vigilancia y levantó un dedo, para pedir a la agente Frayne que le diera un poco más de tiempo antes de llegar a la conclusión de que no se podía razonar con Neil. Sintió una gran calma interior al darse cuenta de que él podía impedir que su padre desperdiciara su vida. Él era el único que podía hacerlo.

Solo debía eliminar las razones que Neil tenía para librar esa guerra.

El mundo pareció quedar en completo silencio a su alrededor, y casi no oyó sus propias palabras por encima del fuerte latido de la sangre en sus oídos:

—Papá, si le cuentas a alguien sobre el neuroprocesador o si tratas de retirarme de la Aguja, acudiré al Servicio de Protección al Menor y les diré que mi padre es un borracho incapaz de conservar un empleo, y voy a emanciparme.

Esas palabras hicieron que Neil diera media vuelta, sobresaltado, como si acabaran de clavarle un puñal a traición.

—Y después —prosiguió Tom, sintiendo su voz muy, muy lejana—, les contaré cómo mi papá no podía llevarnos a dormir bajo techo ni asegurarse de que yo fuera a la escuela más que unos pocos días seguidos. Eso es abandono, y probablemente es motivo para alguna penalidad legal

—agregó. Era todo demasiado cierto, de modo que hundió más el puñal—. Y si con eso no basta, puedo contar algunas cosas más como... no sé. Quizá decirles que me *golpeabas*. ¿Qué te parece eso?

A Neil se le aflojó la cara por el asombro.

—Yo nunca te lastimaría, Tommy. Sabes que jamás te levanté la mano...

—Lo sé —concordó, con una calma terrible, mortal—, pero todo lo demás es verdad. Así que, ¿realmente les parecerá descabellado si exagero un poquito? Mamá nos dejó muy pronto: eso no se verá bien; además, pienso en todas esas veces que te arrestaron por trifulcas con otras personas. Son todas señales de alarma, papá. Si aparece todo eso en un informe, te considerarán un psicópata. Entonces elige tú: si tratas de crearme problemas, yo causaré problemas mucho peores para ti, te lo juro. En esto no puedes ganar, solo perder todo lo que te queda.

—Intento hacer lo mejor para ti —respondió con la voz vacía—. ¿Por qué no puedes ver eso?

—¿Y por qué vas a empezar justo ahora?

Neil se quedó mirándolo como si no lo conociera, y él le mantuvo la mirada, con el corazón zumbándole en los oídos.

—Tal vez tengas razón —dijo por fin—. Ya no eres mi hijo. Esa computadora le hizo algo horrible a tu cerebro. Sé que mi hijo nunca me habría amenazado así.

Por un momento, Tom no pudo hablar. Luego se recordó a sí mismo que aquello era bueno. Eso era lo que necesitaba que su padre dijera. Era el punto decisivo, la razón por la que no libraría una guerra que sería su fin.

—Parece que estamos de acuerdo, entonces: no soy tu hijo —se dirigió a la puerta, sintiéndose como un extraño robot que repetía mecánicamente los movimientos de caminar; sentía las piernas como de goma.

—Está ocurriendo otra vez —las palabras de Neil fueron un susurro entrecortado en el aire—. Realmente está ocurriendo otra vez.

A Tom se le hizo un nudo en el estómago.

Nuevamente estaba abandonando a su padre. Pero esta vez, lo sabía, sería mucho más permanente. De eso no se podía regresar.

Salió por la puerta.

Después, Tom se sentía obnubilado. Como si acabara de sobrevivir a una terrible batalla y salido vencedor en un campo de cenizas. Tenía una vaga conciencia de las horas que pasaban lentamente, mientras estaba sentado en su celda, con los brazos cruzados y la mirada fija en el techo.

*Fue por su propio bien*, se repetía una y otra vez, pero le ardía la cabeza con la desolación que había visto en el rostro de su padre. Cuando trató de poner la mente en espera y pensar en otra cosa, no le sirvió de nada: vio la cara de Medusa en el momento en que le descargó un virus. Lo había hecho por una buena razón. Vengerov había sospechado que ella era el fantasma en la máquina, y por eso Tom había demostrado que no lo era... usando el virus de Vengerov para incapacitarla y luego haciendo explotar él mismo los carteles aéreos.

Recordó el dolor reflejado en el rostro de ella en el momento de la traición y se preguntó cuánto más tendría que lastimar a sus seres queridos antes de que por fin estuvieran a salvo.

Entonces oyó que se abría la puerta y percibió que la mujer rubia y delgada entraba a la habitación.

—Bueno, debo admitir que me sorprendió, señor Raines.

—¿Sí?

Frayne apoyó la mano en el respaldo de la silla que estaba frente a la de Tom, pero no se sentó.

—Voy a permitir que su padre conserve la libertad de movimiento. Vamos a monitorear sus conversaciones. Para vigilarlo. A veces lo seguiremos, a veces no. Se le informarán estas condiciones para que sepa que debe portarse bien... aunque sospecho que bastará con lo que usted hizo.

Tom rio por lo bajo con amargura. Era un modo indirecto de decir que acababa de enajenar tanto a su padre que este no querría verlo nunca

más, y mucho menos, tomarse el trabajo de oponerse a los militares por él.

Al ver que Frayne se presionaba la oreja y ladeaba la cabeza, supo que estaba oyendo instrucciones de alguien. Luego sus ojos helados se dirigieron a él.

—Parece que llegó un oficial para acompañarlo a la Aguja Pentagonal. Puede irse.

—Escuche —dijo, mientras se levantaba, fatigado hasta los huesos—, ¿realmente es necesario que espíen a mi padre? No es nadie. No va a hacer nada. Créame, si fuera a ir y causar problemas, ya lo sabrían.

—Si él no tiene nada que esconder —respondió ella—, usted no tiene por qué preocuparse si está bajo vigilancia. Es así de sencillo.

Tom suspiró y sintió alejarse el último vestigio de esperanza. No había nada que pudiera decir para razonar con alguien que pensaba como Irene Frayne.

El viaje de regreso a la Aguja Pentagonal se le hizo interminable, a pesar de que el Intersticio podía llevarlos de un extremo al otro del país a ocho mil kilómetros por hora.

Tom se había sorprendido al encontrar al teniente James Blackburn esperándolo con los brazos cruzados junto al vactren. Su rostro marcado por cicatrices se veía tenso bajo el cabello oscuro muy corto.

No se encontraban cara a cara desde que él había destruido todos los carteles aéreos del hemisferio occidental en nombre del fantasma en la máquina. Le bastó un vistazo para darse cuenta, por la expresión siniestra de Blackburn, que este ya había descubierto que había sido obra suya.

Probablemente por eso estaba allí en persona.

No le atraía la idea de tener que pasar varios minutos atrapado con él en un vactren diminuto. El aire parecía electrizado de tensión cuando Tom se sentó frente a él y el vehículo metálico se internó a toda velocidad en el tubo oscuro. El hombre lo observaba de un modo inquietante, como si tratara de ponerlo nervioso. Tom le sostuvo la mirada con aire

desafiante; le dolía la mandíbula de tanto apretarla. Hasta que por fin, Blackburn habló:

—¿Debo molestarle en preguntarle por qué? —su tono era cuidadosamente controlado.

—¿Por qué qué?

—Ya lo sabe. ¿Por qué ese gesto monumentalmente estúpido y asombrosamente público justo antes de las vacaciones? Fue casi como agitar una bandera roja en la cara de Joseph Vengerov para que venga a buscarlo. Expuso *al mundo entero* lo que usted es capaz de hacer. *Eso*. ¿Por qué, Raines?

—Bueno —suspiró—, en primer lugar: él ya sabía que había alguien como yo. Me enteré en Obsidian Corp.

—¿Y por eso eligió pintarse un blanco virtual para facilitarle la búsqueda?

—Mire, lo siento. Sé que otra vez usted tiene que componer algo que hice —observó a Blackburn con recelo; sabía que tenía otra razón para preocuparse por la vigilancia cada vez mayor de la Aguja Pentagonal. Había visto a Blackburn asesinar a Heather Akron, aunque aquel no había notado su presencia. Blackburn también tenía cosas que encubrir—. Supongo que estamos unidos en esto.

—Muy cierto. Estamos unidos por este secreto suyo. Y he tomado una decisión: no puedo dejar que las cosas sigan como estaban. Una y otra vez, usted mete la pata. No puedo confiar en usted. Es así de sencillo.

Esa fue toda la advertencia que tuvo Tom. Y ante sus ojos aparecieron las palabras: *Sesión finalizada. Iniciando secuencia de inmovilidad*.

—¡Oiga! —bramó, al perder toda sensación por debajo del pecho y desplomarse al suelo.

Blackburn se le acercó con calma, pulsando el teclado de su antebrazo.

Tom sabía una sola cosa: tenía que defenderse. Se levantó la manga, mientras su mente repasaba frenéticamente los programas que aún tenía almacenados en su procesador desde los juegos de guerra, pero el pesado

pie del teniente descendió sobre su brazo y lo aplastó contra el suelo. Le arrancó el teclado y lo arrojó a un lado.

—Ha llegado a ser mi mayor problema, Raines. Estoy harto. Ya no vamos a seguir jugando a esto: usted mete la pata, yo arreglo la situación, vuelve a meter la pata y yo arreglo todo otra vez.

Tom quiso activar una interfaz de pensamiento y enviarle así un virus, pero en su centro visual se encendieron las palabras: *Función no disponible*. Tuvo deseos de gritar de frustración.

—He pensado en esto desde que me enteré de su capacidad —explicó, y extrajo un cable neural del bolsillo delantero de su uniforme—. Ese despliegue con los carteles aéreos me acabó de decidir. Digamos que fue la gota que rebosó el vaso.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Tom, en tono imperativo.

Blackburn meneó la cabeza, sacó un chip neural y lo conectó a un extremo del cable.

—Sería una estupidez confiar en que usted sea cuidadoso. Hay demasiadas cosas que inciden en lo que quiero hacer —bajó la mano, y Tom supo que tenía que escapar.

—¡No! —aferró las muñecas de Blackburn, tratando de obligarlo a apartar los brazos, pero este podía usar todo su cuerpo y él no. El teniente le sujetó las manos y lo obligó a bajar la cabeza. Lo mantuvo en esa posición incómoda hasta poder insertarle el cable en el puerto de acceso a su tronco encefálico—. ¡SUÉLTEME! ¡APÁRTESE! —gritó, mientras su visión se iba apagando y un flujo de código empezaba a descargarse a su procesador.

—Es demasiado tarde. Relájese —Blackburn se acomodó en el asiento contigo, y si Tom no hubiera perdido la fuerza en las extremidades, le habría dado un puñetazo—. Le habría puesto esto en la Aguja Pentagonal durante su descarga, pero allá han cambiado las circunstancias. Tengo que hacerlo así.

Tom no podía creer lo que estaba pasando. Estaban reprogramándolo otra vez.

–Se va a arrepentir –le prometió, aunque no imaginaba cómo. Le temblaba la voz–. No puede controlar mi mente.

–No trato de hacerlo, Raines. Estoy creando un enlace entre nuestros procesadores –dijo, y Tom se obligó a abrir los ojos otra vez. Blackburn señalaba su sien y luego la de Tom–. Con un pensamiento, en cualquier momento en que lo desee podré acceder a sus receptores sensoriales y ver con exactitud lo que está haciendo.

–¿Eso es todo?

–Sí. Soy como el DSN, solo que voy a mirar desde adentro y no desde afuera.

–Genial, ¿o sea que cada vez que vaya al baño usted va a verme?

–No –respondió Blackburn–. No lo observaré las veinticuatro horas del día. Solo cuando elija hacerlo. Es como encender un televisor y mirar un canal específico. Tendré la capacidad todo el tiempo, pero no significa que vaya a hacerlo todo el tiempo –Tom observó el código que pasaba detrás de sus párpados. Blackburn lo tenía en una situación de total desventaja y él no podía cambiar el resultado–. Este enlace neural –continuó explicando– me permitirá ver por sus ojos siempre que quiera saber en qué anda, y oír por sus oídos cuando quiera vigilarlo. No me encanta la vigilancia como rutina, pero usted la ha hecho imprescindible con sus actos. De esta manera, nunca volverá a tomarme por sorpresa. La próxima vez que planeo una maniobra como la de los carteles, podré intervenir antes. Francamente, tiene suerte de que no le esté haciendo nada más, después de los problemas que me causó.

De pronto Tom se tranquilizó al recordar el rostro de Heather justo antes de la descompresión de la cámara de transición al vactren. Blackburn había hecho cosas peores. Mucho peores. Respiró hondo, tratando de serenarse:

–No va a matarme, entonces.

–Por supuesto que no –respondió, sobresaltado.

–¿Y ahora qué? ¿Qué está haciendo? –preguntó, con desasosiego.

—Estoy borrando de su memoria este segmento de tiempo y grabando una repetición de los primeros minutos de nuestro viaje por el vactubo, para que pueda vivir feliz en su ignorancia.

—No. ¡No! Espere. No, oiga, espere. No se lo contaré a nadie, ¿de acuerdo? Podemos encontrar una solución. Tal vez esto del enlace sea algo bueno. No trataré de deshacerlo —le suplicó. Dijo todas las mentiras que pudo. Era capaz de inventar cualquier cosa con tal de impedir que le borrara ese recuerdo.

—Tiene razón: no tratará de deshacerlo porque no va a recordarlo.

Tom ardía de furia. Sentía que esa ira ardiente podía grabar un mensaje directamente en el corazón, de donde Blackburn no pudiera borrarlo; una advertencia para estar atento y detenerlo. Seguramente, si estaba tan furioso, la próxima vez que mirara al hombre sabría que algo estaba mal.

De alguna manera, lo recordaría. Lo recordaría... no se olvidaría de eso, no se olvidaría de eso...

Tom se encontró sentado en el vactren. Por un momento se sintió extraño, como si se hubiera perdido de algo, y al mirar a Blackburn, notó que este lo miraba atentamente desde el asiento de enfrente.

—¿Qué? —le preguntó.

—Nada —meneó la cabeza y siguió observándolo—. ¿Le pasa algo?

—No —respondió. Se sentía perturbado. Apartó la mirada, ligeramente perplejo por su propia reacción, por la sensación de la adrenalina corriendo por sus venas y el latido acelerado de su corazón. Quizás estaba nervioso porque el teniente se había pasado todo el viaje observándolo con esa expresión siniestra. Lo raro era que no le había dicho nada, ni siquiera le mencionó lo de los carteles aéreos. Bajó la vista y reparó en que su teclado estaba en el suelo. *Qué raro*. Seguramente no lo había asegurado bien. Lo recogió y volvió a colocárselo—. Teniente, no me ha preguntado por los carteles aéreos —dijo por fin; se sentía a punto de explotar—. ¿Por qué?

El hombre se frotó el puente de la nariz y, al cabo de un momento, lo miró fijamente a los ojos.

–Bien, Raines, ¿por qué ese gesto monumentalmente estúpido y asombrosamente público justo antes de las vacaciones?

Quizá fue su imaginación, pero le pareció que a Blackburn no le importaba mucho la respuesta.